

EL MONTE PERDIDO

A Mariano López Sellés y a Carlos Menaya Erburu.

¿Os acordais? ¡Fueron once días maravillosos! Yo los recuerdo como si fueran hoy. Sí; era mi primera salida a la verdadera Alta Montaña y disfruté con tanta intensidad de aquellas jornadas que puedo revivirlas tan lúcidamente como si en lugar de años, solo hubieran transcurrido horas. Vereis.

Habíamos alcanzado el Circo de Soaso. Acabábamos de entrar en el maravilloso anfiteatro natural que constituye su conjunto. Era un día espléndido. Después de algún tiempo de caminar a la sombra de hayas gigantes, encajonados entre angosturas pétreas que apenas nos permitían ver el azul del luminoso cielo y ensordecidos por el incesante tumulto del Arazas despeñándose hacia Ordesa, volvimos a ver el sol. El silencio se hizo a nuestro alrededor y un majestuoso escenario se abrió ante nosotros apenas salvamos la última revuelta del camino y la última grada del torrente. ¡El Circo de Soaso! Realmente estaba maravilloso. Dentro de una gran masa de blanquecinas calizas secundarias, su forma se nos mostraba tallada por la lenta y erosiva acción del glaciar que gravitó sobre él durante las alternativas glaciaciones cuaternarias y se ofrecía a nuestra vista como un amplio anfiteatro, de verde y muelle piso cortado por numerosos y rápidos caudalillos, cerrado en todas direcciones por verticales paredes descendiendo simétrica y concéntricamente en amplios escalones de profundidad y anchura variable, desde los 3.343 metros del Monte Perdido hasta los 1.737 de su fondo medio. Pero lo que más nos maravilló, lo que nos causó una impresión imborrable, fué la visión de las enormes proporciones del Soum de Ramond, del Monte Perdido y del Cilindro, que semicubiertos con lamparones de hielo y nieve, se alzaban majestuosos sobre nosotros, dominándonos con su serena inmovilidad. Semejantes a descomunales cilindros, tan parecidos son los tres elementos que componen el singular y ceniciento grupo que, vistos desde

donde nos hallábamos, la denominación que les dió la leyenda, resulta gráfica y adecuada: «Las tres sorores», las tres hermanas... Bajo la transparencia de un cielo cegador intensamente azul, dominado inevitablemente por la soledad, el silencio y las gigantescas proporciones de cuanto nos rodeaba, sentí algo que no sabré definiros con exactitud. Las achatadas y cilíndricas moles parecieron convertirse inesperadamente en un colosal espejo en el que se reflejó la dimensión ridícula de mi organismo... Afortunadamente me repuse rápidamente de la abrumadora comparación, y sentí en el cerebro el salvador contraste de un luminoso e incontenible estremecimiento de desafiadora soberbia. ¿Por qué no?.

* * *

Jamás hasta entonces había sentido latir con tanta fuerza mi corazón; jamás me pareció estar más seguro de mí mismo, que cuando, agarrado con mi mano izquierda a una clavija del inquietante paso, trataba de alcanzar la siguiente semicolgado en el vacío. Los tres éramos uno solo en el pausado escaló... Y al fin, cuando traspusimos el paso, tumbados sobre la hierba al borde del gran salto, dejando que se serenaran los pulsos, contemplando el amplio y vacío anfiteatro abierto a nuestros pies, pudimos darnos cuenta de cómo la vegetación arbórea se había detenido a su entrada como temerosa de penetrar en él; contemplándolo, observamos que poniendo en el paisaje la nota dramática que se precisaba para que nuestras impresiones fueran más fuertes y el paisaje cobrara el aspecto de desolación que su vista ofrece, en las casi verticales laderas de Diazas, a nuestro nivel y empequeñecidos por la distancia, pudimos ver tiesos, trágicamente enhiestos, secos y brillando opacamente al sol, los descortezados y lustrosos troncos de algunos pinos que, muertos hunden aún sus raíces desesperadamente en el estéril carrascal como si todavía les

moviera el feroz afán de vida que, no haría mucho, les llevara a enraizar allí, en busca ambiciosa de luz y de sol, el soplo del viento...

* * *

Caminamos luego sobre muelles pastizales. Observé que el tiempo allí parece seguir un orden retrasado. Finalizaba Julio y el Verano no había traspuesto todavía las clavijas; un mes más tardarían los rebaños de Fanlo y Broto en llegar para disfrutar del pasto. En aquellas alturas la Primavera se hallaba en plena floración; habíamos entrado en la patria del «edelweis» algodonoso de largos y blanquitos pétalos, que nace bajo la nieve, de las anemonas aterciopeladas de colgantes campanulas violetas, amarillas y blancas, de las azules gencianas, de las extrañas siemprevivas de color indefinible y de muchas otras humildes florecillas sin fragancia, muestra de una flora típicamente alpina, que no habíamos visto antes nunca.

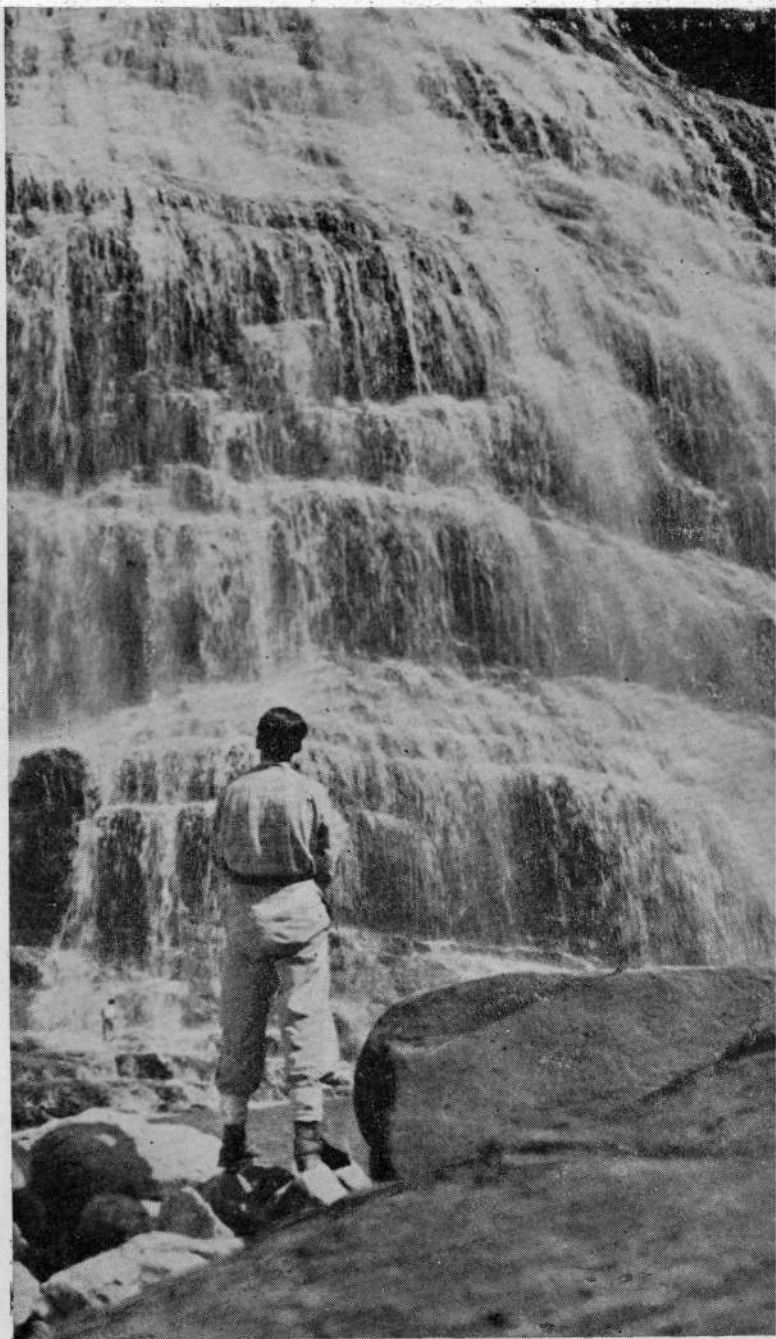
Ya en Goriz, a la tarde, tumbados sobre la hierba cerca de la fuente del «Señor Roldán», no nos cansábamos de admirar el escenario de cumbres que teníamos delante y que algunas vedijas de niebla comenzaban a velar. Al crepúsculo, nos sacudió el aguijón del frío y mientras las estrellas iniciaban en el firmamento su centelleante danza por encima de las heladas y apenas visibles cimas, nos cobijamos en el refugio al amor de los brezos que ardían chisporroteando y llenando de móviles sombras bermejas su techo y sus paredes.

* * *

¡Ah! En aquel momento Goriz nos vió salir entre las dos imprecisas luces del alba. En el oscuro verdi-azul de un cielo cuajado de vacilantes destellos, se recortaba la silueta majestuosa de la excepcional montaña. Con calculada parsimonia íbamos salvando sus incontables gradas meridionales y, al salir de un carrascal que atravesamos cómodamente en sentido transversal, nuestro andar se perdió en un dédalo de enormes peñascos. Traspuesto un tanto fatigosamente el obstáculo, poco más arriba pisamos la dura y tersa superficie del primer ventisquero y, en adelante, escalando siempre junto a las aguas del torrente que cae del Estanque Helado, remontamos la grada final hasta encontrarnos a los 2.995 metros de su inmóvil y gélida superficie.

Descansamos allí, bajo el Cuello del Cilindro, donde el glaciar superior del Monte Perdido lamía las riberas del estanque; tomamos un sorbo de café y luego reemprendimos la ascensión. ¡Era maravilloso caminar sobre la blanca y helada lengua del glaciar! Unas veces sobre él y otras perfilando la arista meridional que desciende de la cumbre, lo remontamos lentamente hasta llegar a la abombada rampa casi vertical de su vértice, en cuyo blanco y granulado «névé» nuestros cuerpos se hundían —no sin cierta preocupación— hasta más arriba de la cintura. Precisamente allí, las nubes comenzaron a cubrir las negruzcas rocas cimera; a nuestra altura, el sol era apenas un disco amarillento cuya yerta silueta se rodeaba del nimbo glorioso y multicolor de su iris completo. Al proyectar su mortecina claridad en la atmósfera semicristalizada por el frío, proporcionaba un opaco y blanquecino tono boreal a los helados, sombríos y, en verdad, un tanto sobrecoedores contornos. Nos faltaban pocos metros para alcanzar la cumbre, los «piolets» se hundían hasta la misma cruz del mango en la plástica masa y, previsoramente atados, salvamos la distancia que nos quedaba hasta ella.

Al llegar, por unos momentos se abrió la cortina de niebla y pudimos ver, fugazmente, la vertiente atlántica: a nuestros pies las 388 hectáreas de la rugosa y blanca superficie de uno de los escasos vestigios peninsulares de la última glaciación, mostrándonos las manchas negruzcas de sus profundas grietas; más abajo, en el fondo visible, el Circo de Tucarroya y su lago de aguas maravillosamente azules; al Oeste, tras el Cilindro silenciosamente lamido por la niebla, el núcleo del Balaitous y del Vignemale; al Este, extendiéndose a dos mil metros bajo nosotros, el Valle de Pineta en toda su longitud y en la lejanía la silueta brillante de Los Montes Malditos... Tras esta rápida ojeada, el cúmulo de nubes nos envolvió definitivamente; tiritando ateridos, comimos algo con voracidad increíble y, dominados por el más absoluto silencio y por la más absoluta soledad, yo tuve la certeza de hallarnos a merced de los inmisericordes elementos. Otra vez, en esta ocasión sin rebeldías vanas, sentí aquella impresión que me humillara en Soaso, mientras el subconsciente a «soto voce» reflexionaba humildemente entre burlón y prudente: sí, osados, pero insignifi-



Fot. Mariano López Selles

En el fondo del Circo, las aguas del «Salto del Abanico» se volcaban, mejor dicho, se vertían pausadamente para nosotros solos...



Fot. Mariano López Selles

...dejando que se serenaran los pulsos,
contemplamos el amplio y vacío anfiteatro
abierto a nuestros pies.

...sigo viéndolo perdido en
el corazón del Pirineo, perdido
allí entre circos, ventisqueros y
glaciares...

Fot. Del Prado
O'Neil



Toponimia Euzkérica

Decíamos ayer... —a pesar de ser un plagio del célebre filósofo y catedrático de la Universidad de Salamanca, en tiempos del Emperador Carlos I— que la Toponimia, facultad o ciencia que trata de los nombres de lugar de los diferentes accidentes del terreno o agua, nos brinda a los vascos inmenso campo de acción, sin temor a agotar la materia, recogiendo cuidadosamente, llenos de entusiasmo y cariño, los innumerables nombres toponímicos de nuestro País Vasco, que son verdaderamente descriptivos e impuestos por el pueblo con el acierto del más consumado maestro.

Hoy, después de haber pasado 26 años que comenzamos esta labor en el número 2 (1 Epoca) de nuestra revista, podemos añadir que la Toponimia, verdadera lengua fósil, es el vivero de la mayoría absoluta de nuestros apellidos, por cuya razón, al investigar las voces toponímicas euzkéricas, colaboramos en el esclarecimiento de nuestra Genealogía, que para todos resulta interesante, dándonos a conocer su desarrollo desde el tiempo en que fué formado hasta nuestros días.

Tan abundante y rica variedad de componentes existe en nuestra toponimia, que resulta interesante su estudio, pues encontramos con mucha frecuencia, designando a un mismo lugar con diferentes nombres, debido a nuestra exuberante toponimia, cual selva tropical, y a que los indígenas de diferente poblado, aunque colindantes, le aplican distinto apelativo por diferencia de interpretación.

Muchas veces, la clara etimología del toponímico no concuerda con el lugar designado,

debido a que por circunstancias del tiempo, que nada perdona, ha desaparecido el motivo o la causa que dió su nombre, perdurando éste; pero la mayoría de las veces nos daremos perfecta cuenta del gran acierto que tuvieron nuestros antepasados al señalar a los lugares, montes, ríos, etc., los nombres que concuerdan admirablemente con la topografía, causando nuestro asombro y satisfacción.

Este nuestro trabajo comenzamos antaño con el estudio de los sufijos que juegan importantísimo papel en la composición de la toponimia euzkérica, plétórica de esta materia y antes de continuarlo, justo es que para conocimiento de los jóvenes montañeros que no conozcan los números primeros de nuestra revista, hagamos primeramente un pequeño resumen de los estudiados en el número citado de «Pyrenaica».

AGA, sufijo singular locativo, equivalente al artículo castellano EL o LA: Ejemplos: Osinaga, el pozo; Zuluaga, el hoyo; Aginaga, el tejo; Muruaga o su variante Buruaga, el cerro, etc.

Según algunos tratadistas, tiene por variante suya al AKA, de Mentxaka, Laka, Mundaka, Andraka, Lesaka.

Existen apellidos como Madaria, Murua, Mendia, cuya A final, quizás sea contracción de este sufijo.

AIN, sufijo que señala altura, cumbre, seguramente como residuo de GAIN: Beasain, Andoain, Azkain, Sasiain, Urdiain.

cantemente pequeños y débiles... Descendimos silenciosos y como abrumados bajo la niebla fría; ya posteriormente no volvimos a ver la ambicionada cima. Ahora, cuando el recuerdo del Monte Perdido vuelve a mi imaginación, sigo viéndolo como entonces precisamente... perdido en el corazón mismo del

Pirineo, perdido allí entre circos, ventisqueros y glaciares, perdido en una masa densa y oscura de amenazadoras nubes... perdido en el vacío como aquel día 18 de Julio de 1944.

LUIS PEÑA BASURTO

Del C. D. Fortuna y del G. de C. N. ARANZADI